



Redacción y
Administración:
Teniente Spuche
N.º 5.-YECLA

EL CASTILLO

Se publica los martes y viernes

SUSCRIPCIÓN
YECLA: un mes,
40 céntimos
PROVINCIAS:
2 pesetas trimestre

Año I | | Número 5 | | Yecla 26 de Noviembre de 1929 | | Núm. suelto 10 Cts.

Aclaración

Con simpatía a mi buen
amigo P. Juan.

Si señor: en efecto, es algo doloroso que los apellidos ilustres, al correr del tiempo hayan descendido y hagan ostentación de ellos algún cerrajero, albañil o algún otro cuya profesión desdiga de su elevada alcurnia. Esto sería lamentable; pero dejaría de ser un verdadero escarnio, el que a los aristócratas de hoy, les echásemos en cara, el que sus antepasados, hayan o no merecido el honor que en la actualidad se concede a su nobleza. ¿No es un verdadero orgullo el que los descendientes hayan alcanzado, lo que los primitivos no pudieron conseguir?

Según la teoría de mi buen amigo L. G. no debiéramos conocer la Historia en general. Esto no es una perogrullada, pero sí un absurdo.

Si no conociéramos el pasado, que constantemente nos sirve de estímulo y nos enorgullece de las obras de nuestros antecesores, no hubiésemos salido nunca del estado de postulación, de incultura de los primitivos tiempos.

Los grandes histosiadores, —atendiéndome a su teoría de dejar que lo viejo lo consuma el polvo— perdieron el tiempo miserablemente. Así César Cantú que impidió un puñado de lustros en la confección de su Historia Universal, fué un iluso, un niño, quien en su ignorancia, por satisfacer un deseo infantil pasó años y años en adivinar lo que tenía en el vientre el inmenso caballo —ya viejo— de la vida que pasó.

¿Para qué pues hemos de afanarnos en el estudio de la Geografía, la Cronología, Arqueología, Epigrafía, Numismática, Bibliografía, Literatura y en general de todas aquellas ciencias que nos dan a conocer los diferentes periodos del mundo, los fenómenos que ha experimentado la corteza terrestre, acontecimientos nota-

bles y hechos heroicos de la vida, trajes de cada época y sus monedas y el estado de la cultura y las letras?

Estimado amigo L. G.: Yo estoy contigo; quisiera ser verdaderamente un niño y me evitaría el pensar, el sufrir; no estudiaría nunca, no tendría el deseo vehemente de saber.

Edmundo Palop



PASAN LOS NIÑOS....

¿Habeis visto, en pleno estío, pasar por el campo a los niños? Avanzan y retroceden, corren, saltan, se persiguen, cantan, chillan, se detienen un único instante para coger una flor o una piedra, se agrupan en torno a una rama, tornan a disgregarse en ir y venir y correr y saltar como en vuelo de mariposas. Por donde pasan va una oleada de animación, de vida; una lluvia de fecundas promesas.

Y así pobres y ricos, que en el campo todos son solo niños; los que fueron a él en automóvil y los que se dejaron entre las breñas del camino las efímeras alpargatas; unas y otras son la misma bandada infantil, que goza a pleno pulmón de su momento de libertad, de aire libre y de recreo, sin advertir —¡por suerte suya!— la diferencia que hay entre unas alpargatas y unas sandalias de piel de cocodrilo; entre el Rolls-Royce y el humilde coche de San Francisco.

Los que no parecen de la misma infantil y bulliciosa pasta son estos niños asilados. Ni tampoco estos otros de las colonias escolares. Unos y otros salen al campo; pero no en grupo bullicioso o en bandada gentil, sino en manada. Dos a dos, dos a dos, forman una melancólica hiera que despierta en el expectador ideas de obligación, de deber, de reglamentación, más que de alegría, de expansión, de momentánea —y necesaria— libertad. Avanzan a paso lento e igual, más como en procesión o entierro

que como en gira o excursión campestre. No corren tras las mariposas ni se detiene a coger una flor, ni se quedan atrás juntando brillantes piedrecillas. Esta reglamentación de la diversión, esta supresión absoluta de lo imprevisto, este dominio del instinto natural del niño, que le lleva a refoclar en la Naturaleza como un pequeño salvaje, quitan el paseo campestre. a nuestro entender, la mitad de su eficacia. Y toda su alegría.

No es siempre la simpatía la que aparece a los niños de la manada. Mirando pasar la hilera melancólica de los asilados se advierte esto pronto en los labios mudos y en las caritas nubladas de tedio.... Y gozar de un asueto al lado de quien no nos es grato se acerca, más que a la diversión, al suplicio. Además el provecho que de la charla del profesor, de la satisfacción de la natural curiosidad del niño frente a la Naturaleza pudiera el niño sacar, queda del todo excluido por el sistema del paseo en manada. ¡Y es lástima! Porque la cordialidad para las horas de trabajo se establece en las de recreo.

En los asilos, estos —y otros— capitales defectos están de largo tiempo arraigados. Mas... las colonias escolares, que son de creación reciente, que son guiadas por cultas, jóvenes y animosas maestritas. ¿Por que han de atarse a la vieja rutina? Porque claro que el sistema de la "manada" es más cómodo para quien lo organiza que el del grupo o los grupos, y la reglamentación absoluta más sencilla de ejercer que la libertad vigilada... Pero nunca se dijo que la tarea del maestro fuese cómoda y sencilla tarea.

Porque claro está que la autoridad queda así más patente.... Pero la autoridad mas firme es aquella que existe sin verve, y que tan honda, tan segura y arraigada esta, que para nada necesita transcender a las cosas externas.

María Luz Morales

